

# El oficio debe unirse a la academia



Hace ya muchos años, más de los que quisiera recordar, rondaba por las redacciones de diarios y revistas una pregunta que parecía encerrar el misterio de la vida: "Un periodista, ¿nace o se hace?" Era una de esas preguntas que, cuando se formulan, no sirven de nada; pero que, una vez respondidas... tampoco sirven de nada.

Sin embargo, detrás de ese in-

terrogante se escondía el embrión de un cambio que el periodismo buscaba, necesitaba y pedía a gritos: dejar de ser un oficio de pocos, sobrecargado de códigos crípticos que aplicaban próceres inalcanzables revestidos por el plomo estatuario de las linotipos, y pasar a convertirse en una profesión más abierta, más amplia, más franca, más generosa y, con suerte, más transparente.

Cuando hablo de periodismo me refiero, claro, al escrito: es el que más conozco, es el que practico desde hace treinta años, es el que más quiero y es el que, por afecto pero también por cuestiones más tangi-

## ALBERTO AMATO

*Es periodista desde 1973. Actualmente es Prosecretario de redacción del diario "Clarín" y miembro de su Equipo de Investigación. En 1998 ganó junto a tres colegas el Premio Rey de España en la categoría "Prensa". Es titular del Taller de Comunicación Periodística de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.*

bles y decorosas que sería largo enumerar, considero el más serio. Pese a todo.

Gabriel García Márquez gusta decir que las facultades de ciencias sociales enseñan muchas cosas útiles para el oficio, pero muy pocas cosas del oficio mismo. Es tan cierto como discutible. Pero García Márquez, que fue un periodista monumental antes de convertirse en un novelista de epopeya, parece adjudicarle aún hoy a la profesión un aura artesanal que perdura pese a que el periodismo escrito está, cada día que pasa, peor escrito. Hay algo, sugiere el colombiano, indefinible, recóndito, tal vez furtivo, que escapa a la enseñanza académica del periodismo: las "cosas del oficio mismo".

La frase de García Márquez pone de algún modo frente a frente a las redacciones con las aulas, a la práctica con la teoría, al oficio con la academia. Y creo que la alternativa perjudica tanto a la academia como al oficio. ¿Son excluyentes la enseñanza del periodismo y el oficio mismo? ¿O será que las facultades donde se estudian las ciencias de la comunicación no nacieron con la idea de formar periodistas profesionales? Entonces, ¿quieren las facultades que enseñan ciencias de la comunicación formar periodistas profesionales? ¿Debemos hablar de ciencias de la comunicación o de ciencias de la información?

Se me ocurre que una universidad de periodismo, al estilo de la de Columbia en los Estados Unidos, nos ahorraría lustros de debate. Pero también sé que mientras estas preguntas sigan sin respuesta y la enseñanza de las "cosas del oficio" esté reducida en las facultades a un mero trámite formal, destinado acaso a que el estudiante no opte por las academias privadas que ofrecen una

práctica periodística más activa, más intensa y más atractiva aunque sin el soporte cultural de cualquiera de nuestras universidades públicas, oficio y academia seguirán, como hasta hoy, caminos separados con escasos y errantes puntos de contacto.

### El periodismo como ciencia

En la Argentina, la condición de "profesional" de un periodista todavía es concedida por el Ministerio de Trabajo con un único requisito: dos años consecutivos de aportes jubilatorios. El periodismo es entonces la única ciencia, si se quiere, que no podemos ejercer como profesionales al egresar de una universidad. Es un papelón. Pero así somos.

Nadie aceptaría mi proyecto de construir un puente Buenos Aires - Ciudad del Cabo sin un título de ingeniero que acredite mi condición de profesional para encarar el disparate; bajo el cargo de "ejercicio ilegal de la medicina" caería preso si me atreviese a recetar unas píldoras infalibles para curar la depresión irremediable de los domingos de otoño a las siete de la tarde; pero no existe un "ejercicio ilegal del periodismo" (con la falta que nos haría a veces esa figura en el Código Penal) que resguarde la idoneidad y la capacidad de los profesionales. Recuerdo a una vieja actriz, ya muerta, que lucía con orgullo su credencial de periodista porque cada se-

*¿Son excluyentes la enseñanza del periodismo y el oficio mismo?  
¿O será que las facultades donde se estudian las ciencias de la comunicación no nacieron con la idea de formar periodistas profesionales?*

mana respondía el "Correo de Lectores" de una revista de fotonovelas; y ese trabajo, desdichado y fatuo de Celestina a destajo, la había convertido, a portes jubilatorios mediante, en una ilustre profesional y colega.

¿Cómo enseñar un oficio en la academia? ¿Cómo insertar a la academia en el oficio? ¿Debería modificarse la enseñanza del periodismo en las carreras de comunicación?

La respuesta es, me parece, que debería enseñarse periodismo en las carreras de comunicación. Quiero decir, no "hacer que enseñamos periodismo", sino convertir a la enseñanza del periodismo en parte de la columna vertebral de un programa de estudios. Pero esto, insisto, sólo si en realidad estamos dispuestos a lanzarnos a la aventura incierta de intentar formar profesionales.

De nuevo estamos en el punto de partida: ¿quieren las carreras que estudian las ciencias de la comunicación, enseñar periodismo?

En lo personal, creo que no. El periodismo es sólo una pequeña porción del universo de las ciencias de la comunicación y, como tal, ocupa el lugar que tiene en los programas de estudio. Esta es mi conclusión después de casi diez años de estar al frente de un taller de comunicación periodística en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Es una conclusión bien modesta, pero sincera.

¿Por qué querría una facultad de ciencias sociales enseñar periodismo? Probablemente porque muchos estudiantes se sienten, de algún modo, atraídos por la profesión: por el periodismo televisivo, el radial y el deportivo en primer lugar, y, en última instancia, por el escrito. Porque los años de estudio pasan sin que los estudiantes tengan demasiado contacto con "las cosas del oficio" de las que habla García Márquez; porque las quejas que dicen que "la carrera es larga" aumentan casi en grado proporcional a la falta de una práctica intensa de alguna forma de periodismo; y porque, en muchos casos, el estudiante accede a esa práctica periodística por afuera del plan de estudios y de la universidad, sólo por su decisión y arrojo personal.

Es entonces cuando llegamos los docentes. Recién en el tercero o en el cuarto año de estudios, cuando algunos alumnos incluso ya han tenido la fortuna de atrapar una pasantía en algún medio, de asirse a esa cuerda delgada y trampo-

sa que arrojan las oficinas de "prensa institucional", que es otra forma de nombrar a la propaganda y no al periodismo; cuando han logrado incluso trabajar en la producción de algún programa de televisión, si es con suerte de noticias, e incluso cuando han desarrollado con un fervor de guerrero algún proyecto personal en una FM barrial o en un portal de Internet, recién entonces los docentes les acercamos, a veces por primera vez, un cable de agencia. Recién entonces intentamos, en apenas pocos meses, que descubran qué encierra, y por qué, una cabeza noticiosa; recién entonces tratamos de abrirles la puerta de la crónica para que jueguen a gusto con uno de los géneros más ricos de la profesión, pretendemos que buceen en el alma humana para trazar una historia de vida y tratamos de introducirlos en el rigor del periodismo de investigación y en las técnicas infinitas de la entrevista y el reportaje. Así es como empezamos a revelarles los misterios elementales del oficio que tanto preocupan a

García Márquez. Y se acabó la práctica periodística que dura, en el mejor de los casos, un año, y en el peor, cuatro meses. Esto sin incluir en el balance algunos tropiezos de esos programas de estudio que tienden a confundir el periodismo con la literatura, los cuentos con las crónicas y la ficción con la realidad.

El resultado de toda esta enrevesada madeja, es fácilmente imaginable. Y no hace sino ratificar un prejuicio común, al menos lo es entre mis estudiantes, que se ha expresado en mayor cantidad y con mayor intensidad en los últimos años, y que deriva siempre en un menosprecio hacia la profesión por la que alguna vez sintieron avidez y fascinación, pero que se les presenta confusa, inasible, oscura, inalcanzable.

Es cierto que ese menosprecio también les es inducido en parte por la propia facultad y por sus docentes y, en gran parte, por la realidad. Es un reflejo comprensible del desasosiego, la frustración, la ira y la desesperanza de una sociedad hastiada, aunque nunca inocente, que ha puesto todo bajo cuestionamiento. Y, en especial, ha puesto en debate el controvertido papel de los medios de comunicación, sin acertar a separarlo de la profesión en sí misma, por ingenuidad, por mala intención o porque es la máscara perfecta debajo de la que se oculta una desaprensión cada vez mayor hacia la lectura y el conocimiento.

¿Cómo se refleja en los alumnos ese naufragio anticipado, ese prejuicio agorero inducido por quienes enseñamos mucho sobre el oficio pero poco sobre las cosas del oficio? Permítanme reproducir cinco líneas del escrito de uno de mis alumnos, fruto de una especie de declaración de principios que suelo pedir en cada clase inicial a modo de primer trabajo periodístico escrito. Decía: "Hay quienes estigmatizan a este tipo de talleres como un mero instrumento del poder para adoctrinarnos, prepararnos para servir en los grandes medios. Y hay quienes creen que para cambiar las estructuras periodísticas deben saber qué es lo que habría que modificar".

Estas palabras no son la excepción sino la norma. Este es el pensamiento que campea en general entre los muchachos y muchachas que pronto terminarán su carrera universitaria, muchos con la esperanza de trabajar como periodistas. Ahora bien: tomemos a ese alumno y coloquemoslo en la redacción de un diario, no importa si grande o chico, si de provincia o barrial, si español, o mexicano. Ese espíritu receloso, aprensivo, parcial, temeroso de lo que no conoce, se enfrenta ya, ahora, con una exigencia de su editor: debe cubrir un partido de fútbol de la Primera División D y escribir una mínima crónica; le pedirán exactitud, rigor, precisión, claridad, brevedad, concisión y rapidez.

Y si hay un apellido mal escrito, su futuro acabará de terminar.

Es en estos casos en los que el choque entre el aula y el oficio es siempre estruendoso. Y la víctima es, siempre, una sola: ese estudiante a quien se le ha inculcado una visión crítica de la comunicación y de los medios, pero al que no se lo ha formado para comunicar con sentido crítico. Y esta última es una de las grandes diferencias que ponen en una y otra orilla a un periodista "de oficio" y a un egresado de las facultades de comunicación.

¿De verdad creemos que preparamos a nuestros estudiantes para desempeñarse como periodistas profesionales?

Una recorrida por algunas de esas facultades nos revelaría que en muchas se han levantado pequeños estudios de radio y de televisión, mejor o peor equipados, pero siempre sin capacidad suficiente para una práctica constante, intensa, imaginativa, enriquecedora del periodismo audiovisual. No ha-

ce mucho, una de las docentes de un taller de radio me confesaba espantada que, en promedio, sus estudiantes tienen una práctica de siete minutos frente al micrófono durante toda la cursada. El periodismo escrito, que es el pariente pobre de la familia, ni siquiera dispone de salas de redacción equipadas con computadoras conectadas en red a un par de impresoras, y una o dos "cabinas" de agencias noticiosas que pongan a los estudiantes en contacto con el mundo exterior. Se trabaja en abstracto y se escribe a mano, como los frailes copistas de Umberto Eco.

La pregunta sin respuesta regresa, tenaz, molesta, levantisca. ¿De verdad queremos en nuestras facultades formar periodistas profesionales?

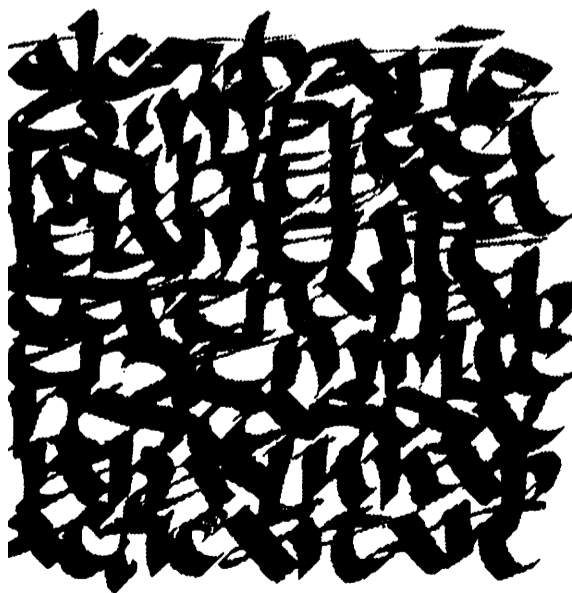
¿Cómo es entonces que esas facultades no tienen un órgano de prensa diario o semanal, con el compromiso de trabajo y voluntades que esa cotidianidad exige, que aspire si no a competir con los medios masivos (aunque el desafío está

lanzado) al menos a convertirse en una lectura alternativa? ¿No sería útil a la formación de futuros profesionales que, desde una edad temprana, tuvieran al alcance de las manos la posibilidad de descubrir que el periodismo no es una única relación entre emisor y receptor, sino que existe un tercer factor que es "el otro", la noticia, el hecho periodístico, el protagonista de una historia de vida, el goleador, el ministro, la guerra? ¿No sería útil a todos, en especial a la profesión, que desde el principio, quienes aspiran a ser periodistas se enfrenten a las mismas dificultades, los mismos riesgos, las mismas satisfacciones y los mismos desafíos que enfrentan los profesionales? ¿Cómo no existe esa publicación, ese diario, esa revista semanal, en la cual las editoriales pondrían sus ojos para descubrir a los futuros talentos a incorporar a una redacción? ¿Por qué los ejemplos de periodismo gráfico que surgen de nuestras aulas universitarias muestran un conmovedor entusiasmo en la propuesta y un igualmente conmovedor amateurismo en los resultados? A lo largo de cinco o seis años de carrera universitaria, ¿no hay centenares de alumnos dispuestos a crecer y a madurar mientras crecen y maduran sus conocimientos teóricos y prácticos de la profesión de periodistas, y pasar en esos años de cronistas y reporteros a editores, columnistas y editorialistas? ¿Por qué

una facultad empeñada en enseñar periodismo desperdigaría semejante cantera de talentos? ¿O es que cuando hablamos de "enseñar periodismo" no hablamos de periodismo profesional?

Mariano Besada, amigo y colega en la profesión y en la cátedra, él mismo egresado de la UBA, me aportó algunos apuntes valiosos para este artículo que, las fuentes deben respetarse, cito de su puño y letra: "La aparición de las carreras de comunicación generó una revolución para la que no los periodistas, ni los medios ni los académicos estaban preparados. Los periodistas se sintieron amenazados por la llegada de la ilustración de las aulas a un mundo oscuro y único, el de las redacciones, que se regía por el olfato. Los medios creyeron encontrar una cantera inagotable de trabajadores baratos y los académicos sintieron que no debían preocuparse ni por el sentimiento de los periodistas ni por la ambición de los medios. (...) Los estudiantes de las carreras de comunicación quieren comunicar. No saben qué, ni cómo; pero saben que quieren hacerlo. Se encuentran con currículas que les muestran un mundo comunicacional inexistente y, con suerte, sobre el final de sus carreras, descubren que no alcanza con la crítica furtiva para mejorar la comunicación humana. Pero ya es tarde. Facultades y medios fallaron en sus objetivos. Unas no lograron aportar al oficio la can-

A  
N  
C  
I  
L  
A  
J  
E  
S



tividad y calidad de profesionales que, era imaginable pensar, saldrían de sus aulas. Los otros no se preocuparon demasiado por terminar de formar a los pocos egresados de las facultades a quienes integraron a sus redacciones. La profesión se "flexibilizó", para usar ese eufemismo tan a la moda que oculta con elegancia la mediocridad y el desinterés, los medios periodísticos gráficos perdieron calidad y lectores. Y la nave va.

En la Argentina y en buena parte del mundo hispano, los grandes medios han llenado ese vacío que parecen haber dejado las facultades, a través de "maestrías" o incluso de sus propias escuelas de periodismo: esa es la cantera que va a nutrirlos de profesionales en el futuro. Y los llamados medios alternativos, según lo que se ve y se lee, no parecen demasiado preocupados por el momento en jerarquizar la calidad profesional de sus páginas ni en contratar a profesionales para escribirlas.

La pregunta entonces es ¿cuál es el futuro laboral que vislumbramos para nuestros alumnos de ciencias de la comunicación?

La formación cultural de los estudiantes de nuestras universidades públicas es aún hoy, y pese a los embates de los gobiernos de turno cualquiera sea su signo y condición, una de las más sólidas de América. En oposición, en la Argentina el periodismo todavía conserva, a modo de or-

gullosa rémora, el blasón un tanto dudoso de aquellas generaciones de autodidactas que sentaron las bases de la profesión y levantaron sobre ellas edificios majestuosos. Pero eso es tiempo pasado. Ya es olvido. En los albores del siglo XXI la inyección de solidez, o al menos de robustez, que le aporta un egresado universitario a la profesión es invaluable. Cuando la academia se une al oficio, siempre es bienvenida.

Es el oficio el que debe unirse a la academia. Y si las facultades no le hacen espacio, al menos los estudiantes deberían hacerle un lugarcito desde donde trabajar más cómodo. Pero eso tampoco sucede. Hay una brecha demasiado ancha entre esa formación universitaria y la "cultura periodística" mínima, indispensable para quien aspira a ser un informador. Esa falencia contradice incluso los rasgos de carácter más entrañables de los estudiantes, al menos de los míos: son chicos inteligentes, emprendedores, lúcidos; muchos son conscientes de que ocupan un lugar de privilegio en una universidad pública, son ansiosos, osados, decididos, rebeldes, tienen gestos de un coraje y una solidaridad que parecen olvidados entre sus mayores; con más o menos talento son perspicaces, ambiciosos, trabajadores, esmeranzados pese a la crisis brutal, comunicativos, cálidos, sensibles; los que tienen la suerte de trabajar en lo que

pueden, llegan a las clases en las noches demolidos por el cansancio, hambrientos, desmadejados por el sueño; y aún así resisten, pelean, se sostienen con uñas y dientes del palo mayor de la nave y a veces hasta ésgrimen un humor que ignoro de qué galera sacan.

Pero lo que me susurra la experiencia sobre el "perfil periodístico" de esos mismos estudiantes que aspiran a ser informadores, dice que, en general: leen poco; mejor dicho, no leen; no leen textos periodísticos; no tienen el hábito de leer uno o más diarios cada mañana y terminan por asegurar que Arafat es el primer ministro de Israel o que el bajista Pedro Aznar es el presidente del gobierno español; la visión crítica que tienen de los medios escritos nunca se expresa desde la óptica profesional sino desde el sillón del lector común, con definiciones elementales, obvias, repetidas y por eso previsibles que, además, raramente son propias; no tienen un conocimiento consistente de la actualidad; no sienten ni



demasiada avidez por informarse ni pasión por informar; carecen de una formación gramatical rigurosa y de una ortografía impecable; tienen escasa capacidad de observación y de comprensión reflexiva de cuanto miran y ven como futuros periodistas; trastabilan a la hora de desarrollar su imaginación creativa en textos periodísticos y, si bien tienen conciencia de los procesos históricos, ignoran la historia contemporánea íntima, cotidiana, informativa del país y del mundo; en muchos casos están convencidos de la necesidad de obtener resultados más que de la de adquirir formación y, cada vez con mayor frecuencia, limitan su iniciativa personal a las páginas de Internet, de donde extraen y reproducen páginas enteras que, en algunos casos, leen en forma superficial, no analizan, no confrontan y hasta pretenden hacer pasar como propias. Muchos de ellos admiten, hasta con candor, que es casi por descarte que cursan un taller de periodismo y la carrera de

comunicación, lo que los lleva a una visión deformada de la profesión y hasta de su propio futuro.

No debe tratarse de un mal exclusivo de la Argentina, lo que significa una calamidad y no un consuelo, porque el español Álex Grijelmo dice de sus propios estudiantes: "Anhelan viajar a países lejanos, influir en la sociedad con sus editoriales, almorzar con gente importante o descubrir corrupciones hasta en el club de socios de la bolera municipal. Y en ese loable ímpetu han descuidado su herramienta: la palabra, que ha pasado a un plano secundario. Así, no leen; por tanto, no reflexionan. Y se vuelven perezosos"<sup>1</sup>.

¿Son los estudiantes de la carrera de comunicación, no importa si argentinos o españoles, los únicos responsables de esas carencias?

No, no son los únicos.

Los medios periodísticos gráficos, envueltos en su propia crisis, les pueden ofrecer muy poco.

La vieja tradición formadora de las redacciones ha quedado en eso, en una tradición; quienes tomaban la iniciativa de cobijar a los nuevos y transmitirles boca a boca los secretos del oficio o bien ya no trabajan, o ya no tienen ni ganas, ni tiempo, ni edad para hacerlo; se ha perdido tal vez para siempre la tertulia periodística, ya no se habla casi de la

profesión ni siquiera en las redacciones, donde la pasión es vista como un demérito intelectual; si hubiera lectores jóvenes, y debe haberlos ciertamente, no hallarían hoy en las páginas de la prensa escrita un modelo a seguir, a imitar, a desbrozar para descubrir las tramas ocultas, los secretos soterrados, las intrigas subterráneas de un gran texto informativo; los propios medios gráficos han dejado de lado ya no sólo el cuidado de sus textos y sus ediciones, sino algunos géneros valiosos de la prensa como la gran crónica, el reportaje intimista, profundo, revelador, la nota interpretativa, explicativa, aclaratoria. Ese hueco imposible de llenar ha sido ocupado por una ciega competencia con los medios audiovisuales, en la que se privilegia lo que se ha bautizado como "periodismo de servicio", como si lectores y espectadores u oyentes buscaran lo mismo cuando leen que cuando encienden la radio o la televisión.

Como muchos de los futuros egresados de las carreras de ciencias de la comunicación, también los medios parecen más interesados en los resultados que en la formación.

¿No estaremos todos juntos, académicos, docentes, profesionales, en un camino que tiene un destino final que no es el que imaginamos cuando empezamos a caminar?

¿Qué deberían hacer una facultad de ciencias sociales, los medios de comunicación, los

---

<sup>1</sup> Grijelmo, Álex, *El estilo del periodista*. Madrid, España. Editorial Taurus, 2002. Página 21.

alumnos que se sienten atraídos por el periodismo y los periodistas, para despertar, en vez de aplacar, el entusiasmo y la pasión por ese que es el "mejor oficio del mundo" del que habla García Márquez?

Nuestras facultades de ciencias sociales no forman periodistas porque no nacieron con esa misión, no es ese el sentido de su existencia e incluso tal vez no sea ése su interés. Por lo mismo, es casi superficial preguntar, o que las propias facultades se cuestionen, cómo es que no forman periodistas profesionales.

Los medios, que no atinan a retener a sus lectores y también se preguntan por qué los pierden, viven envueltos en esa angustia existencial que los ha hecho desertar de la formación profunda, seria, comprometida de quienes serán sus profesionales. Los periodistas damos el pésame con una obsecuencia que siempre ha sido el preludio de nuestras grandes debacles profesionales.

Los estudiantes no parecen interesados en incorporar a la sólida formación que les da la universidad, una dosis igualmente sólida de conocimientos propios, vitales para un periodista y que sólo da la curiosidad, la avidez, la búsqueda insaciable, el interés por el prójimo... Esas "cosas del oficio" de las que habla García Márquez, que no pueden dar las facultades y que ayudarían a que un profesional formado en una universidad pudiera ser

finalmente tallado por el oficio. Los docentes, sabemos que no es sólo a través de la práctica como se forma un profesional, que esa es una receta del pasado, un espejo falso que ofrecen las escuelas terciarias y los institutos privados que esgrimen casi como único pilar de su existencia la práctica periodística. Sabemos que la universidad pública sigue siendo el mejor ámbito de formación, cualquiera sea la ciencia que se elija. Pero también sabemos que la formación periodística de los muchachos y muchachas de nuestras facultades debería incluir un valor agregado, una puesta a punto más cercana a la realidad y más conectada con la experiencia, que les permita enfrentar con mayores y mejores posibilidades el riesgo siempre venturoso de convertirse en periodistas profesionales.

Sin embargo, todos coincidimos en que los periodistas necesitamos mejorar nuestra formación, en que más lo necesi-

tan quienes aspiran a serlo, en que las facultades hacen más de lo posible para que esa formación resista las peores tempestades y en que es posible hacer más de lo posible; coincidimos casi todos en que el periodismo en general, y el escrito en particular, navega por el filo de una navaja muy afilada en los últimos años por la decadencia y la mediocridad: o cambia o se aviene a años de soledad. Y ese cambio no será posible sin mejores medios, sin mejores profesionales y sin mejores futuros profesionales. Es un punto de partida. No es más que eso. Pero tampoco es menos.

La única ventaja que tienen los grandes abismos es que lo único que nos queda por hacer es estrecharlos. ■

*Sabemos que la universidad pública sigue siendo el mejor ámbito de formación, cualquiera sea la ciencia que se elija. Pero también sabemos que la formación periodística de los muchachos y muchachas de nuestras facultades debería incluir un valor agregado.*